

le iba en zaga: *Qué hombre es esta mujer!* aludiendo á lo sólido de sus conceptos y á la robustez y riqueza de su versificación.

Ahora ha muerto el gran poeta cristiano de Italia Alejandro Manzoni en edad muy avanzada. Pocos de nuestros lectores serán los que no conozcan su famosa novela de *I promessi sposi* (*El Catolicismo*, periódico de Bogotá; publicó gran parte de ella antes de 1861), y sus himnos, entre los cuales se cuenta el que escribió con motivo de la muerte del primer Napoleon y que se titula *El 5 de Mayo*.

Viendo las grandes dificultades para unir por medio de un canal los dos Océanos Atlántico y Pacífico, M. Sebillot ha ideado el de hacer pasar por encima del istmo de Panamá los buques cargados. Los gastos de la obra se calculan en unos 30 millones de pesos. Será el sistema una especie de diques que rueden, llevando á sus costados las máquinas necesarias para darles movimiento, y dispuestos de modo que puedan tomar los buques dentro del agua y transportarlos de un Océano á otro sin más operación que la conocida de hacer que un buque éntre en un dique flotante.

Con suma complacencia hemos leído el programa del segundo examen de los niños de la escuela pública de San Vicente de Paul de la ciudad de Cali. Educacion católica, instruccion en las materias más necesarias á la vida práctica, hallamos en él. El Director de la escuela, señor presbitero Buenaventura Jiménez, merece una alta recomendacion, lo mismo que los sujetos á cuyos esfuerzos se debe la existencia de ese plantel útil y necesario.

EL CONCILIO VATICANO Y EL "SYLLABUS."

El Concilio Vaticano abrió sus sesiones el día de la fiesta de la Inmaculada Concepcion, de 1869; los hechos que le conciernen son de fecha muy reciente para que sea necesario referirlos. Consignaremos aquí únicamente que este Concilio ha sido interrumpido por violencias sobre las cuales no se ha pronunciado aún el fallo, no sólo de la justicia, más del éxito final, y que él no ha podido tener aquel desarrollo entero y definitivo que permitiera, no sólo á la fe sino tambien á la razon medir todo su alcance. Del mismo modo que de las primeras sesiones del

Concilio de Trento, que no fué menos turbado que el del Vaticano, se decidió el punto capital de la justificación por las obras, y se pronunció así la separacion del protestantismo; de este mismo modo en el último, despues de una larga y libre discusion, que se produjo bajo las formas más variadas, se decretó, no por el Papa sólo, sino con la aprobacion, solemne del más numeroso de los Concilios, "que el Pontífice Romano, cuando habla *ex cathedra*, es decir, cuando ejerciendo el oficio de Pastor y Doctor de todos los cristianos, en virtud de su autoridad suprema apostólica, desine que una doctrina concerniente á la fe ó á las costumbres debe ser aceptada por la Iglesia universal, goza plenamente, por la asistencia divina que lo ha sido prometida en la persona del Bienaventurado Pedro, de la infalibilidad con que el Divino Redentor ha querido que su Iglesia fuese proyista, definiendo su doctrina tocante á la fe y á las costumbres, y por consiguiente, que tales definiciones del Pontífice Romano son irreformables por sí mismas, no ya en virtud del consentimiento de la Iglesia."

El Papa, lo repetimos, inmutable en cuanto á las doctrinas que ha recibido por escrito ó por tradicion en la Iglesia, es progresivo en cuanto á los actos y á la disciplina segun las necesidades de la sociedad humana á la cual preside; él comprende, ya la fuerza de lo que es inmutable, ya la oportunidad de lo que está sujeto á las vicisitudes del tiempo; inalterable en su fe en Dios en cuanto al dogma y á la moral, él observa atentamente la marcha del siglo, en tanto cuanto lo eterno puede ser conciliado con lo que cambia, sin la inmutabilidad que mata ni la precipitacion que trastorna.

La cuestion social que en nuestros dias agita al mundo más profundamente que las cuestiones políticas debe ser resuelta con la Iglesia, en la Iglesia y por la Iglesia. Pio IX le ha dado impulso por sus reformas civiles al principio; despues por sus Encíclicas, resumidas en el *Syllabus*; hoy por el Concilio. Estudiando las reformas, los hombres se han aplicado á conocer mejor la cuestion social, y la medida y el modo de satisfaccion que se le puede dar; y cuáles son las libertades que pueden obtenerse sin perjudicar los derechos de la autoridad aumentando el verdadero bien de la sociedad.

Antes del cristianismo hubo hombres que afirmaron que la sociedad no tenía do-

rechos; nosotros dirémos, más sencillamente, que entonces dominaba el despotismo de uno sólo, ó el de la multitud. La Edad Média, formando la sociedad sobre el modelo de la Iglesia, creó las monarquias, templadas por la jerarquía social; de suerte que con los reyes gobernaban los señores y los sacerdotes, es decir, la clase que posee y la clase inteligente. En consecuencia, se tenía confianza en los reyes, que no atacaban, ni las fortunas de las familias, ni las creencias y la moralidad de los individuos.

Los reyes, extendiendo el círculo de sus pretensiones y de sus poderes, concentraron en su persona los elementos esparcidos del gobierno; ellos hicieron así menos necesaria y ménos útil la accion política del Clero; despues abatieron á los señores y los privilegios feudales. El pueblo se regocijó de ello como de una adquisicion de libertad, pero se encontró desprovisto de todo medio de defensa desde que vinieron á faltarle la inteligencia del Clero y el apoyo de los señores.

¿Qué le quedaba fuera de esto si no, ó la obediencia servil ó la revolucion vengadora?

Así, en 1789, se vio á la revolucion dar á las naciones un *Syllabus* en que ella proclamaba la libertad, la igualdad, la fraternidad. Ochenta años de luchas casi incógnitas han mostrado desde entonces lo que valen tan pomposas palabras: la libertad nosotros necesitamos buscarla en los consejos administrativos, en los votos de la mitad más uno, emitidos por Asambleas elegidas sin conciencia. En el sistema que consiste en decir que todos somos iguales ante la ley, que la voluntad de la mayoría debe gobernar, puede haber algun sentimiento generoso, alguna cosa de verdadero; pero el positivismo lo reduce y lo gasta todo.

Pio IX advirtió esto, y quiso realizar todo lo que habia de mejor, centralizando en el catolicismo, dando las libertades oportunas, favoreciendo los progresos; se sirvió de hombres que ostentaban liberalismo; pero no solamente se separaron de él sino que le combatieron con las armas que él les habia dado.

El *Syllabus* puso en guardia los espíritus contra los errores, que turbando las creencias corrompen los actos; él condenó la revolucion doctrinaria, esa mezcla de verdades cristianas con errores, mezcla que nacia de las controversias; de suerte que

no quedaba ya más que elegir entre el catolicismo y el socialismo.

EL CONCILIO PROCLAMÓ QUE LA VERDAD RELIGIOSA ES EL PRINCIPIO Y EL FUNDAMENTO DE LA VERDAD POLÍTICA Y DE LA VERDAD SOCIAL.

Estas cosas han sido manchadas por la libertad, tal como la entienden los sectarios: era preciso separarlas para armonizar la autoridad con la libertad de la Iglesia.

Los Reyes, venidos á ser el poder ejecutivo de la revolucion, creyeron su dignidad aminorada si subordinaban las decisiones morales á una autoridad de un orden diferente de la sola y única que reconocian, la de la fuerza; quisieron conservar para sí sólo la infalibilidad, es decir, el derecho de fallar sobre las decisiones de la Iglesia.

Las multitudes, siempre esclavas de la fuerza ó de la opinion, aplaudieron á los letrados que al mismo tiempo que acusaban al Papa de inquietarse únicamente por el poder temporal, le insultaban cuando promulgaba decretos en el orden espiritual.

La cuestion de oportunidad ha podido ser suscitada en el curso de la discusion; ella desaparece ante la decision.

Hemos dicho ya cuán antigua y necesaria es la doctrina de la infalibilidad de la Iglesia y de su jefe, de la cual no puede estar separada. La interpretacion individual es hija del egoismo, que prefiere su propio juicio al del género humano; esto no sería ya del dominio de la fe, sino de la ciencia, y por tanto un dominio reservado á un pequeño número de sabios, jamás al pueblo; se podría, pues, llegar, con el sistema de la interpretacion individual, hasta afirmar que Dios, el alma, el cuerpo son puras concepciones que no subsisten sino porque las tenemos en el espíritu. La afirmacion de la infalibilidad pontificia, además de que hace imposible ese delirio del racionalismo, suprime toda discusion fundamental entre los católicos, de en medio de los cuales arranca toda discordia y todo ensayo de iglesias nacionales: ella planta firmemente la bandera de la verdadera union.

Nos hemos permitido hacer estas reflexiones y esta franca exposicion, en nuestra calidad de adictísimos católicos que no hemos permanecido extraños á ninguno de los ejercicios del pensamiento, ejercicios que no hemos hallado jamás en contradiccion con las inspiraciones de la fe. Pensamos que el reposo obtenido por nosotros los católicos en la verdad poseida, no nos dis-

Buz. Pagato 21 de 1873, Anu IX #13 Salu 3-11379 p. 200-02  
El 1.º 2.º 1.º 2.º 1.º 27.6.6.º

3858

45

pensa del trabajo, do demostrarla á los demás, ni do la obligacion do defenderla contra todo ataque.

CESAR CANTU.

#### DEDICACION DE LAS IGLESIAS.

(Conclusion).

Entónces llama tercera vez á la puerta de la iglesia pronunciando las mismas palabras: *Abriá vuestras puertas, &c.* y el diácono, despues do su respuesta, abre la iglesia. En este triple viaje hallaréis el recuerdo de la Santísima Trinidad y la triple jerarquía de los elegidos: la virginidad, la continencia y el matrimonio; y en las tres veces que se llama á la puerta, el triple poder do Jesucristo en el mundo: la creacion, la redencion y la glorificacion; las penas y trabajos que le ha costado la conquista de su herencia y de la nuestra. El Obispo hace la señal de la cruz en el umbral de la puerta con su báculo antes do entrar en la iglesia, para demostrar que sólo con su muerte cerró Jesucristo el infierno y abrió el Cielo, y dice al practicar esta ceremonia: "Hé aquí la señal de la cruz; desvanézcanse todos los vanos fantasmas."

El Clero sigue al Obispo á la iglesia, y los fieles se quedan fuera. Si el pueblo entrase en tropel, la ceremonia no podría celebrarse ya con decencia: tal es sin duda la razon exterior por la cual no son introducidos los asistentes, pero existe otra llena de misterios. La iglesia representa al Cielo: cuando Jesucristo entró en él despues de su resurreccion, sólo le seguian los justos que habian sacado del Limbo, pero cuando haya consumado, al fin de los siglos, la dedicacion de la eterna Jerusalem, entrará lleno de gloria, al frente de todos los elegidos. "Paz en esta casa," dice el Obispo al poner el pié en la iglesia, y el Clero canta una antifona en que pide á Dios esta paz tan necesaria á la dicha y á la salvacion del hombre. Terminada la antifona, todos se postran de rodillas en medio de la iglesia, y el Obispo entona el himno *Veni Creator*, para pedir su auxilio y sus luces al Espíritu Santo.

Se recitan otra vez las Letanías de los Santos para implorar su asistencia, y son seguidas del *Benedictus*. Durante este cántico, el Obispo forma con su báculo sobre dos regueros de ceniza, que se han hecho en figura de cruz de San Andres (X) de un extremo á otro de la iglesia, las letras del alfabeto griego y latino. Sobre el

uno, están las letras griegas y sobre el otro las letras latinas, escritas de tal modo que la primera y la última letra de cada alfabeto se hallan colocadas en los cuatro extremos de la iglesia.

La rennion del Griego y del Bárbaro en el seno de la Iglesia, el poder de la cruz y la victoria de los Apóstoles, son las cosas que representa esta energética ceremonia, á la cual, sigue otra no ménos solemne é instructiva. El Pontífice va á bendecir los altares y las paredes interiores de la iglesia; no se servirá del agua que ha empleado para santificar la parte exterior del templo, sino que bendice allí otra en la cual mezcla sal, ceniza y vino. Jesucristo es quien nos ha abierto el Cielo y da la santidad á nuestras iglesias, dando se digna hacer su morada. El agua, la sal, la ceniza y el vino, simbolo de su divinidad y de su humanidad, de sus ignominias y de su gloria, de su muerte y de su resurreccion, recuerdan esta doble verdad.

Despues de una magnífica oracion, en la cual el Obispo enumera todas las cualidades del agua que acaba de bendecir y los maravillosos efectos que de ella espera, se acerca al altar, si debe consagrarle, y mientras cantan el salmo *Judica me, &c. Juzgádmé, &c.*, toma agua bendita y forma con ella cinco cruces sobre la mesa del altar, una en medio y las otras en los cuatro extremos, diciendo: "Santificado sea este altar en honra del Dios Todopoderoso, de la gloriosa Virgen Maria y de todos los Bienaventurados, bajo el nombre y la memoria de san N., en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo."

Entónces da vuelta al altar siete veces y lo rocía con agua bendita recitando el salmo *Miserere mei, Deus, &c. Oh Dios, tened compasion de mí, &c.* El Señor no escuchó los votos de Israel ni derrocó las murallas de Jericó hasta la sétima vuelta en derredor de esta ciudad. El Obispo desea que Dios oiga su oracion y colmo sus deseos esparciendo sus bendiciones sobre el ara en que ha de ofrecerse la adorable victima. En seguida, segun el espíritu de la Iglesia, el altar representa á nuestro Señor. Todas las ceremonias y oraciones de la consagracion tienden á identificar, en cuanto es posible, el altar material y el altar espiritual: las siete vueltas rodean las siete grandes virtudes do Nuestro Señor y los siete viajes de este divino Pastor en busca de las ovejas, así como

las cinco cruces grabadas sobre el altar, con las tres unciones de oleo é incienso, representan sus cinco llagas, la gracia que de ellas se desprende, y las tres virtudes fundamentales del Cristianismo: la fe, la esperanza y la caridad. La incensacion que termina, es el emblema de la oracion.

El Obispo rocía tres veces con la misma agua bendita las paredes interiores de la iglesia, primeramente la parte inferior, despues el medio y finalmente la parte superior empezando por el lado oriental; y volviendo al altar, bendice el pavimento. Esta ceremonia nos dice que á la purificacion exterior debe añadirse la purificacion interior del alma, que no hay nada mancillado en el Cielo, y finalmente, que Nuestro Señor, que salió de Oriente, ha santificado el mundo entero. El Clero canta en tanto varios salmos que recuerdan la celestial Jerusalem, y los bienes que el Señor reserva á sus elegidos.

El Obispo recita despues de esta ceremonia varias oraciones interesantes, pero especialmente un prefacio que perderia su mérito traduciéndolo, y en el cual expone todos los favores, gracias y beneficios que supplica al Señor conceda á los fieles que irán á adorarle en aquel templo. Terminada esta oracion, hace con la última agua bendita con cal y arena una argamasa que bendice y empleará pronto para sellar las reliquias de los Santos en el altar.

*Segunda parte.*—Desde la abertura de la iglesia hasta el fin de la ceremonia.—Ha llegado el momento de introducir en la iglesia estos preciosos restos, que van á buscar en procesion y cantando en su honor salmos y antifonas. Lévanlos en hombros sacerdotes que dan con el Obispo la vuelta á la iglesia exteriormente, y durante esta marcha triunfal los fieles repiten con entusiasmo estas palabras: *Kyrie eleison: Señor, ten piedad de nosotros.*

El Obispo dirige entónces á los fieles una piadosa exhortacion sobre la dedicacion ó consagracion de las iglesias, y manda leer al Arcedeano un decreto del Concilio de Trento que se refiere á ella; despues supplica al Señor que tome posesion de su templo, y marca la puerta con tres señales de la cruz hechas con santo oleo. La procesion entra en la iglesia, los fieles siguen al Clero, y todos juntos andan detras de las reliquias que van á depositarse en el túmulo del altar. Es imposible á mi parecer ser testigo de ésta ca-

pectáculo sin recibir una vivísima impresion, pues os transporta al último de los dias, en el que se pronunciará el juicio supremo, y la sociedad de los elegidos se elevará hacia el Cielo, siguiendo las huellas de su divino Jefe. La emocion es tanto más profunda, en cuanto se cantan antifonas y salmos en que respira el gozo y se pinta la inmortal felicidad de los Bienaventurados. El Obispo recita una oracion, despues de la cual consagra con oleo santo el túmulo, donde deposita en seguida las santas reliquias con tres granos de incienso.

Esta ceremonia recuerda que en la primitiva Iglesia se celebraba el augusto sacrificio sobre el sepulcro de los mártires, preciosa costumbre cuyo recuerdo se conserva colocando reliquias en el altar, y que se estableció sin duda segun la vision del Apóstol San Juan en el Apocalipsis: "Vi debajo del altar las almas de los que habian sido muertos por la palabra de Dios, y por el testimonio que tenían. Y clamaban en voz alta diciendo: ¿Hasta cuando, Señor, santo y verdadero, no juzgas, y no vengas nuestra sangre de los que moran sobre la tierra?" Los tres granos de incienso indican el respeto hacia las santas reliquias, y la disposicion en que estamos de rodearlas continuamente con el perfume de nuestras oraciones. El Obispo consagra en seguida el ara que ha de cerrar el sepulcro de las santas reliquias, la asegura sobre el sepulcro con la argamasa que ha hecho y bendice; despues, ungiéndola otra vez con el santo oleo, dice: "Sea este altar sellado y santificado en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y la paz lo rodee siempre." Despues de esto incienso el altar por todos lados en forma de cruz y recita esta hermosa oracion: "Os supplicamos, Señor, que dirijais nuestra oracion como un incienso que os es grato, y el pueblo fiel reportará abundantes favores; que todos los que vengán al pié de este altar á ofrecer ó participar del sacrificio alcancen auxilios para la vida presente, el perdón de sus pecados y la gracia de la redencion eterna." Hay grabada una cruz sobre la piedra que encierra las reliquias, y no podeis verla sin acordaros de estas inmortales palabras del Salvador: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, &c.*

Un sacerdote, que ha recibido el incensario de mano del Obispo, no cesa ya hasta el fin de la consagracion del altar